



El coronel Francisco Caamaño, antes de que la revolución que encabezó en 1965 fuese abortada por el desembarco de los «marines» USA, aclamado por la multitud en el Parque de la Independencia, de Santo Domingo.

—Ya tampoco podemos hacer la revolución democrático-burguesa, no lo permiten los Estados Unidos. Los norteamericanos no autorizarán ni siquiera una revolución democrático-burguesa en ninguna parte, nunca más.

Y añadió:
—Aquí, le repito, no hay una salida política en los tres o cuatro años próximos, por lo menos. La situación dominicana depende de la crisis económica norteamericana, que será reflejo de una crisis estructural del capitalismo.

«Tenemos que ir preparando las condiciones para que esa crisis, cuando se produzca, tenga en la República Dominicana las repercusiones debidas.

Narciso Isa Conde, secretario general del partido comunista dominicano, declaró:

—Una vía violenta es la única salida en las condiciones dominicanas. Y tenemos que contar con otro factor, que es casi de ley: la intervención militar norteamericana.

El Movimiento Popular Dominicano —partido marxista y clandestino, cuyos dirigentes de los últimos años han sido asesinados casi en su totalidad— se expresó a través de un portavoz no identificable con este criterio:

«El MPD dice que los revolucionarios deben aprovechar las contradicciones momentáneas de los grupos de derecha y utilizarlas para sus propios fines. Por eso plantea la necesidad de derro-

car a este Gobierno por la violencia, como primer paso, con la participación de los militares que dentro del Gobierno tengan una posición progresista».

Un dirigente del Movimiento Revolucionario Cristiano, encarnado en los comités revolucionarios —Camilo Torres, «Corecato»— t a m b i é n clandestino, indicó:

—La experiencia nos demuestra que todos los grupos dominicanos de izquierda, desde el más radical hasta el más consecuente con el sistema, no plantean la vía institucional. No visualizamos cómo se podría llegar al poder por una vía institucional. No nos dejarían.

Juan Bosch se ha clandestinizado, y desde su escondite acusa a Balaguer de aprovechar la circunstancia para tramitar su deportación; también ha negado la participación del PRD en el desembarco.

La fluidez del panorama dominicano no excluye, en último término, la posibilidad que en 1971 mencionaba el portavoz del MPD: Que el alejado retorno de Caamaño al país y su prestigio, acrecentado por el tiempo, promueva dentro de filas militares alguna ruptura con Balaguer.

Las próximas horas podrán concretar cuáles de ese abanico de posibilidades aparecen viables para la revolución dominicana, todavía por hacer. ■ CARLOS MARIA GUTIERREZ.

Los CoNteM poRa nEoS

REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION

Una principalísima utilidad de las revoluciones es que permiten el ejercicio de las contrarrevoluciones. Hay países donde los aficionados a la contrarrevolución tienen tanta impa-

ciencia por manifestarse, que inventan las revoluciones. Parece ser, por las últimas señales, que es el caso concreto de Santo Domingo. Hubo un desembarco misterioso de ocho individuos; el Gobierno de Balaguer llamó a eso una invasión, encontró en la playa la lancha de los revolucionarios y en ella documentos que les relacionaban con la oposición política para lanzar la "Operación Aguila Feliz" —¡la revolución!— y procedió a ejercer medidas contrarrevolucionarias: los dirigentes de la oposición —Wessin y Wessin, general; Juan Bosch, intelectual— dicen que todo es una superchería gubernamental para poder desmantelar la oposición, que por primera vez se manifestaba unida. Sería un error, porque las oposiciones son también necesarias, a condición de que no puedan conquistar nunca el poder.

Algunos grandes teóricos de la contrarrevolución han expresado la teoría de que ésta puede vivir por sí misma, sin necesidad de movimientos revolucionarios. Así el conde José de Maistre, para quien una contrarrevolución "no debe ser una revolución contraria, sino lo contrario de una revolución". Feliz e inútil frase. Con algunas otras equivalentes. Por ejemplo, "destruyamos la destrucción". "Cuando el hombre trabaja para restablecer el orden —escribía— se asocia con el autor del orden y está favorecido por la Naturaleza; es decir, por el conjunto de las causas segundas, que son los ministros de la Divinidad".

Siglo y pico más tarde, otro ilustre francés, Charles Maurras, mantenía en su libro "La contrarrevolución espontánea" que "las revoluciones están hechas antes de estallar": el contrarrevolucionario, por lo tanto, debía mantenerse en lucha continua —la contrarrevolución permanente— para que fuesen destruidas en el huevo. Tuvo mala suerte. Vino

una contrarrevolución en Francia —la que restauraba el orden natural: es decir, la que pudo expulsar a los ocupantes alemanes nazis— y encontró que Maurras había sido revolucio-

nario. Le condenó a cadena perpetua. Pero el conjunto de las causas segundas no permaneció inactivo y le premió por una vía maravillosa: el Ayuntamiento de Madrid dedicó una calle a su nombre, y hasta castellanizó su nombre: calle de Carlos Maurras. Tiene, entre nosotros, numerosos admiradores.

En la práctica, estas ideas de mantener la contrarrevolución sin que existan sospechas o conatos de revoluciones no suele dar el resultado apetecido. Falta estímulos. Contubernios, conjuras, agentes venidos del exterior, complot, aparatos o emponzoñamientos sutiles son algunos de los estímulos que ponen en movimiento el motor siempre bien engrasado de la contrarrevolución. A veces hacen falta sacudidas más fuertes. El incendio del Reichstag que los nazis atribuyeron al búlgaro Paul Dimitrov, y que habían preparado ellos mismos el asesinato del Presidente por el ruso Gorguiov, que llevaba encima un carnet de militante del partido comunista —desgraciadamente, falso—, son algunos de los grandes estímulos que los contrarrevolucionarios históricos se han dado a sí mismos para cumplir con mayor celeridad su misión de colaboradores predilectos de la Divinidad en el restablecimiento del orden. Que nunca, por supuesto, está suficientemente restablecido. Si fuese así, la contrarrevolución podría dejar de ser permanente, y las situaciones excepcionales tendrían que terminar, con gran peligro para el orden, que nunca se puede restablecer del todo, etcétera.

La "Operación Aguila Feliz" en la República de Santo Domingo parece estar inscrita en esta línea. No parece que haya sido un alarde de imaginación, pero eso nunca es necesario. Lo que importa son los resultados. Y los resultados están previstos de antemano. Es lo bonito de las revoluciones producidas por la contrarrevolución.

POZUELO